



PRELIMINARES DE UNA SITUACIÓN POLÍTICA ⁽¹⁾

La Revolución, eminentemente política, de 1910, acaudillada por D. Francisco I. Madero, había conseguido, a medias, derrocar al Gobierno dictatorial del general Díaz; consolidar, aunque débilmente, el triunfo y establecer el orden constitucional al amparo de las libertades conquistadas en los campos de batalla; había logrado también despertar las energías latentes en todas las clases sociales de la nacionalidad mexicana; pues desde los comienzos del Gobierno democrático que sucedió a la dictadura militar del hombre de Tuxtepec, pudo notarse en el pueblo un entusiasmo inusitado por abordar y solucionar de manera franca y abierta todos los grandes problemas de interés general, y que entrañaban nada menos que el progreso y bienestar colectivos.

Todos los pueblos, desde las grandes capitales hasta las más oscuras aldeas de la República, ante la ruidosa clari-

(1) Este trabajo, en su estado original, fué prestado confidencialmente en Enero de 1918 al señor licenciado D. Manuel Aguirre Berlanga, quien publicó, con su carácter de Secretario de Gobernación, una obra titulada *Revolución y Reforma. — Génesis Legal de la Revolución Constitucionalista*, en la que pueden verse los datos aquí apuntados, producto de la observación personal del autor de este libro.

nada de la Revolución triunfante, despertaron de su largo sueño de tiranía y despotismo, y se aprestaron, en un desbordamiento de entusiasmo y de consuno con las tendencias del *Gobierno nuevo*, a iniciar la obra de mejoramiento colectivo del país, de acuerdo con las apremiantes necesidades del medio, y según los lineamientos trazados de antemano, para hacer la Patria nueva y fuerte.

De acuerdo con este estado de cosas y como una consecuencia también del movimiento revolucionario de 1910, que había abierto nuevos horizontes a la mentalidad mexicana, en Saltillo, capital del Estado de Coahuila, se había instituido, al amparo de ideales progresistas y con el propósito de resolver todos los problemas tendentes al bienestar de la clase obrera, la *Confederación Cívica Mutualista del Trabajo*, integrada por la Unión Carbonífera del Norte, las Sociedades obreras de Torreón, Monclova, San Pedro y otras diversas partes del Estado, amén de numerosos obreros residentes en Aguascalientes y Jalisco.

La Confederación Cívica Mutualista del Trabajo, en cuyo seno figuraban obreros, distinguidos intelectuales y prestigiados políticos, se había trazado un vasto programa, y mucho se hubiera conseguido en el orden político y económico, si posteriores acontecimientos no hubieran venido a perturbar la paz nacional, poniendo en serio peligro la suerte de las Instituciones y dando motivo justificado para la clausura de los trabajos de aquella Asociación.

Es bien sabido que a la caída del *antiguo régimen*, y una vez constituido el nuevo Gobierno conforme a los ideales de la Revolución, que eran los ideales del pueblo, los enemigos jurados de las libertades públicas, los que tenían vínculos muy estrechos con el *pasado régimen* y se vieron como por encanto fuera de la zona del Presupuesto y del favoritismo gubernamental, de común acuerdo iniciaron una intensa labor de obstruccionismo: en la Prensa, en el Parlamento, avivan-

do nuestras reyertas domésticas, y esto con el ostensible objeto de satisfacer ambiciones espurias; con lo que, si no lograron su objeto, perjudicaron por lo menos la marcha regular de nuestro progreso con la inestabilidad de la paz pública.

El obstruccionismo, alimentado y fomentado por el elemento reaccionario, por los adeptos del *pasado régimen*, nada había conseguido, ni en la Prensa, ni en la esfera política, ni en ninguna forma, como no fuera, indirectamente, la consolidación del nuevo Gobierno sobre bases inmutables y dentro de la invulnerable coraza de la legalidad.

No obstante, para conseguir la consolidación de un Gobierno esencialmente popular y democrático, como el que se viene pretendiendo establecer en el país, y para abrirle paso a una nueva corriente de ideas en que se fundan la redención y la grandeza de un pueblo, ha sido necesario recurrir a la fuerza armada, dando la nota épica y sangrienta, en que siempre la Ley, el Derecho y la Justicia han triunfado de las bastardas ambiciones de políticos de baja estofa, hambrientos y pedestres.

La Revolución de 1910, que terminó con los convenios de Ciudad Juárez, no fué una Revolución completa y decisiva, ya que el campo político quedó erizado de escollos que oponían tenaz resistencia a la obra de la reforma social. Las revoluciones de principios, encaminadas a labrar la grandeza de un pueblo, y que responden a grandes intereses morales, económicos y de civilización, deben ir, en el terreno de los hechos, a las victorias decisivas, porque éste es el único medio que enseña la Historia para imponer con toda firmeza y por encima de cualquier obstáculo conquistar el éxito, que es la imposición de criterio que demanda el progreso de un país. La Revolución maderista, inspirada en sentimientos humanitarios que la incapacitaron para hacer una obra radical, terminó mediante una transacción, dejando a salvo todos los

elementos del *antiguo régimen*, que, como era natural, tendrían que erigirse más tarde en formidable enemigo de un estado de cosas que en nada se compadecía con sus ideales y con sus intereses.

Por esto fué por lo que el Gobierno Constitucional, emanado de la Revolución maderista, comenzó a actuar desde un principio sobre un volcán de pasiones que, tarde o temprano, tendrían que dar margen a una hecatombe política sin precedente en nuestra historia.

Puede decirse que el Sr. Madero no dispuso de tiempo, durante su gestión gubernamental, para iniciar la obra de reforma esbozada en el programa de la Revolución, pues que, ya en el Poder, se vió irremisiblemente obligado a restablecer el orden, a exterminar el bandidaje y a hacer frente al enemigo, que, al amparo de la clemencia, emergía insolentemente de los restos del *pasado régimen*.

Los desastrosos frutos que el Sr. Madero habría de recoger durante su Gobierno, en virtud del erróneo e inoportuno método de clemencia que empleaba con prodigalidad para con los enemigos del pueblo, bien pronto se presentaron amenazadores y terribles durante el curso de los acontecimientos.

Recuérdese que a raíz de la captura de Ciudad Juárez por el Ejército maderista, Pascual Orozco, secundado por Francisco Villa, en plena rebelión con la disciplina militar, intentó aprehender al jefe de la Revolución, inspirado en un pretexto baladí. No obstante esta grave falta, cometida en el momento culminante de la guerra civil, y que ameritaba la pena de muerte en bien de la moral del Ejército, Orozco y el lombrosiano Villa fueron tratados con la más refinada clemencia. Este procedimiento amoral de los Gobiernos para con los infidentes en materia política, está demostrado por la Historia que, en la generalidad de los casos, produce resultados negativos, máxime cuando no se obra al amparo de circunstan-

cias especiales. Tal hecho vino a comprobarse pocos meses después, en que Orozco, no obstante la clemencia del señor Madero, que lo obligaba a la lealtad más caballeresca, sugestionado por tentadoras promesas del elemento reaccionario chihuahuense, enarboló de nuevo el estandarte de la rebelión, amenazando seriamente el orden constitucional. El jefe rebelde, sin embargo, fué abatido rudamente por las tropas leales, que hicieron un paseo triunfal por las vastas llanuras fronterizas, comandadas por el general Huerta, quien, a su vez, pagó más tarde con la traición y la infidencia al magnánimo Jefe de Estado, que había depositado en él su más sincera confianza. ¡Ironías del destino! Un día, en la capital de la República, los dos traidores, los dos infidentes, Huerta y Orozco, hermanados por el crimen, se daban un estrecho abrazo, cuando ya los mandatarios electos por el pueblo habían pasado al sagrado recinto de la Historia, envueltos en el manto de la tragedia.

Tras Orozco vino la asonada militar de Veracruz, encabezada por el general brigadier D. Félix Díaz, y que tuvo los caracteres clásicos de un *cuartelazo*. Esta insurrección contra el orden constitucional fué un verdadero fracaso desde el punto de vista militar y ante la opinión pública; y el jefe de ella, no obstante la tremenda responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, fué tratado también con excesiva benevolencia.

Al principiar el año de 1913, una calma aparente reinaba en la mayor parte del país, y nada ostensible hacía prever que se acercaba el momento en que debería iniciarse el movimiento revolucionario más intenso que se haya registrado en nuestra historia desde la consumación de la Independencia Nacional.

En Enero de ese año, yo residía en Saltillo y asistía con frecuencia, en calidad de miembro, a las sesiones que se verificaban en la Confederación Cívica Mutualista del Traba-

jo, de que he hecho referencia en anteriores líneas. En el seno de aquella simpática Asociación, yo tenía la representación de la Unión Carbonífera del Norte, cuya matriz residía en Rosita (Coah). En esta misma fecha la Confederación, atendiendo a una disposición reglamentaria, celebró las elecciones correspondientes para designar presidente, y en asamblea general, y por unanimidad, fuí favorecido con ese cargo, tan honroso como importante para mí, dado que me interesaba vivamente colaborar en la resolución de todos aquellos problemas de que depende el bienestar del obrero en general.

Con el carácter de presidente de la Confederación Cívica Mutualista del Trabajo, presidía una de sus Juntas generales el día 9 de Febrero de 1913, en el salón de sesiones ubicado en aquella época en la quinta calle de la Cruz. En esa memorable sesión había prevalecido un entusiasmo inusitado y todo el mundo tomaba participación en los acalorados debates tendentes a la resolución de los asuntos que interesaban a la asamblea, cuando intempestivamente, como a eso de las doce del día, noté un cambio brusco en la actitud de aquellos representantes que poco antes se mostraban austeros y agresivos contra la presidencia, y que luego se habían entregado a comentarios acalorados entre unos y otros, y como haciendo punto omiso de los asuntos que se debatían. Aquel cambio de actitud entre los miembros, inexplicable por lo pronto para mí, dió margen a que repetidas veces agitara la campanilla, con el fin de restablecer el orden. Impuesto el silencio, inquirí el motivo de aquella algazara y fué entonces cuando fuí informado de una noticia extraña y sensacional.

El C. Gobernador del Estado, D. Venustiano Carranza, había mandado fijar en las ventanas del Telégrafo Federal varios telegramas, suscritos por el Presidente de la República y otros altos funcionarios, en que le comunicaban que el general Manuel Mondragón, sublevando por medio del cohecho a un grupo de aspirantes de la Escuela de Tlalpan,

había puesto en libertad al general Bernardo Reyes, que se encontraba preso en Santiago, y al general Félix Díaz, que lo estaba en la Penitenciaría del Distrito; este otro militar, acompañado de Mondragón, había sorprendido a la pequeña guarnición de la Ciudadela, entrando en ella y fortificándose dentro; que el general Reyes había muerto acribillado a balazos al tratar de tomar el Palacio Nacional, secundado por tropas de Tacubaya, que se le habían unido; que la defensa del Palacio la había hecho heroicamente el general Lauro Villar, quien por haber resultado herido en un hombro, que lo inutilizó para seguir en el cumplimiento de su deber, fué sustituido en su puesto por el general de división D. Victoriano Huerta, con el *carácter* de comandante militar de la plaza de México.

El *carácter* de los terroríficos telegramas que se exhibían en las ventanas del Telégrafo Federal era en extremo sensacional y justificaba la conmoción de la asamblea que yo presidía, por lo que desde luego suspendimos los trabajos y presurosos acudimos en masa a la oficina telegráfica para obtener una información del contenido de los mensajes. En efecto, la noticia era cierta; se leían a través de los cristales de las oficinas de Telégrafos los siguientes mensajes:

«De Palacio Nacional, el día 9 de Febrero de 1913. A las 11 a. m. — Recibido en Saltillo a las 12,30 p. m. — Señor Gobernador del Estado.

»Esta madrugada un grupo de aspirantes y algunos soldados de Artillería, encabezados por el general Mondragón, atacaron Prisión militar Santiago, libertando general Reyes; en seguida libertaron Félix Díaz y atacaron Palacio Nacional.

»En momento del ataque fué muerto general Reyes y la mayor parte de los que le seguían; Félix Díaz huyó, sin saberse para dónde. Yo, con los Ministros, me encuentro en Palacio Nacional, mandando aprehender a los directores inte-

lectuales. La tranquilidad se ha restablecido por completo en la ciudad; habiendo sido ligeramente herido comandante militar de la plaza, general Lauro Villar. Ha sido nombrado comandante militar el general de división Victoriano Huerta. *Francisco I. Madero.*»

Contestación del señor Gobernador:

«Saltillo, 9 de Febrero de 1913. — Sr. D. Francisco I. Madero, Presidente de la República. — México, D. F.

»Su mensaje de hoy. Felicito a usted sinceramente por el triunfo obtenido la madrugada de hoy en esa capital sobre los amotinados, encabezados por el general Mondragón, que trataron de derrocar a usted del Gobierno. Creo que no ha desaparecido todavía todo peligro y que sus enemigos intentarán un nuevo movimiento en el Norte, como he comunicado a usted en uno de mis mensajes anteriores. Salúdolo afectuosamente. — El Gobernador, *V. Carranza.*»

Además, diversas oficinas del Gobierno del Estado de Coahuila recibieron, procedentes de oficinas de información de la capital de la República, mensajes por el estilo del siguiente:

«Ayer, en la madrugada, Félix Díaz y general Gregorio Ruiz, con unos cincuenta alumnos de la Escuela de Aspirantes y un escuadrón del primer regimiento de Artillería, se posesionaron por sorpresa del Palacio Nacional; pero el general Villar y general García Peña los hicieron rendirse. Llegado a conocimiento del señor Presidente el asalto, se puso personalmente al frente de mil hombres y fué sobre Palacio, llegando a él en medio de los aplausos y vítores del pueblo. Antes de llegar el señor Presidente a Palacio, llegó el general Reyes, al frente de unos cuantos hombres, pidiendo la

rendición de la tropa que lo guarnecía; pero por toda contestación cargaron contra ellos, quedando allí muerto el general Reyes y prisionero general Gregorio Ruiz, quien fué fusilado en seguida. Falta sólo aprehender Félix Díaz, que se encuentra con cerca de trescientos hombres en la Ciudadela, sitiado por numerosas fuerzas del Gobierno, y antes de veinticuatro horas será sometido. El Senado y la Comisión permanente de la Cámara de Diputados, en sesión de ayer, acordaron por unanimidad conceder acción libre al Ejecutivo en los ramos de Hacienda y Guerra. El número de muertos y heridos hasta estos momentos no llega a 200. El señor Presidente tiene de su parte al pueblo de la capital, y protesta que sostendrá la legalidad del Gobierno constitucional en todas las formas que se requieran. — El general Victoriano Huerta ha sido nombrado comandante general de la plaza y está cumpliendo con su deber.»

«De Chapultepec, México, el 10 de Febrero de 1913. — Recibido en Saltillo. — Señor Gobernador del Estado.

»Desmienta rumores alarmantes. Situación igual. Rebeldes encerrados Ciudadela; acabo regresar Palacio Nacional con dos mil hombres que traje de Morelos, y estamos preparando ataque. — *Francisco I. Madero.*»

«Número 11. — De México, el 11 de Febrero de 1913, a las 11,10 p. m. — Recibido en Saltillo a las 11,40 p. m. — Señor Gobernador del Estado.

»Domingo hubo levantamiento con intención derrocar Gobierno. — Primer intento fracasó. General Reyes fué muerto al querer entrar al Palacio. Félix Díaz y general Mondragón posesionáronse Ciudadela y han sido reducidos a quedar en aquella plaza, donde están rodeados por numerosas fuerzas leales. Vienen más fuerzas con dirección esta capital. — Dirige operaciones general Huerta, quien cree que pronto domi-

nará por completo situación. — La ciudad está tranquila desde el domingo y resto República no hay novedad, excepción de Oaxaca, donde hubo anoche un mitin felicista, que fué prontamente sofocado. De todas partes recibe mensajes de adhesión el Gobierno. — Le participo estas noticias, para que no se deje sorprender por noticias exageradas que hacen circular los levantados. Ni el Presidente Madero ni sus Ministros han renunciado, ni piensan hacerlo, dispuestos como están a defender la legalidad y cumplir con su deber. — Saludo a usted muy atentamente. — *Jaime Gurza.*»

«Número 18. — De México, D. F., el 12 de Febrero de 1913, a las 10,26 a. m. — Recibido en Saltillo a la 1,45 p. m. — Señor Gobernador del Estado.

»Ayer, martes, durante el día se tomaron posiciones ventajosas por fuerzas leales del Gobierno, alrededor de la Ciudadela, habiendo cañoneo nutrido con intervalos. General Huerta estrechó círculo, que ha comenzado ya, pues por evitar desgracias se suspendió durante la noche. — Dada la superioridad en número de fuerzas leales, creo fundadamente que en el curso del día podré tener la satisfacción de comunicar a usted que esa plaza ha sido tomada. — General Huerta procede con toda prudencia, asegurando todos sus movimientos. — Resto República sin novedad y sin secundar levantamiento. — Saludo a usted muy atentamente. — El Secretario de Comunicaciones, *Jaime Gurza.*»

«De México, Palacio Nacional, el 12 de Febrero de 1913. — Señor Gobernador del Estado.

»Durante el día de ayer y la noche, el cerco a los rebeldes se ha estrechado considerablemente. — Fué demolido uno de los ángulos de la Ciudadela, causándoles pérdidas considerables. El número de desertores que ha salido de los rebeldes es cada vez mayor. — Durante noche fueron sacadas

convenientemente numerosas piezas de artillería, que hoy en la mañana principiaron el bombardeo. — Jefes militares que dirigen personalmente operaciones, opinan que es muy probable que hoy mismo sea reducida la Ciudadela; pero, en todo caso, consideran seguro que mañana caerá. — Sigo en Palacio atendiendo todo y eficazmente ayudado por todos los Ministros y jefes. — Únicamente bajas sensibles que hemos tenido, son las del coronel Castillo, jefe del séptimo batallón; cuatro oficiales heridos, algunos soldados muertos y otros heridos. — *Francisco I. Madero.*»

Algo muy grave, pues, se desarrollaba en la capital de la República contra las Instituciones legales.



